

Vanidad y razón:

Una meditación sobre el Eclesiastés frente a la Ilustración

VANITY AND REASON: A MEDITATION ON ECCLESIASTES VERSUS THE ENLIGHTENMENT

Eduardo Alberto Martínez-Hernández*

 0009-0000-8310-323X

Correo: eddal@hotmail.com

*Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de México, México



Recibido: 25 de abril de 2025
Aprobado: 1 de octubre de 2025

Resumen: Se explora la relación entre el Eclesiastés y las críticas a la Ilustración, destacando cómo el texto bíblico anticipa los problemas que la Ilustración aborda, tales como el exceso de confianza en la razón y el conocimiento. Utilizando un enfoque comparativo y filosófico, se analiza la forma en la que el Eclesiastés refleja una crítica al progreso, al trabajo y a la sabiduría, conceptos clave de la Ilustración. Mediante una lectura profunda del texto se establece que, aunque el Eclesiastés puede parecer pesimista, su mensaje es terapéutico y existencialista, invitando a reflexionar sobre la vanidad de la vida humana y la inevitabilidad de la muerte. El principal aporte de este trabajo radica en mostrar que el Eclesiastés ofrece una crítica premoderna a los valores de la Ilustración, al tiempo que plantea una alternativa filosófica ante la absurda búsqueda de sentido en un mundo marcado por la finitud humana.

Palabras clave: Eclesiastés; Ilustración; sabiduría; vanidad; nihilismo; filosofía existencial; razón; progreso; crítica; religiosidad

Abstract: This paper explores the relationship between Ecclesiastes and critiques of the Enlightenment, highlighting how the biblical text anticipates problems addressed by the Enlightenment, such as overconfidence in reason and knowledge. Using a comparative and philosophical approach, it analyzes how Ecclesiastes reflects a critique of progress, work, and wisdom—key Enlightenment concepts. Through a deep reading of the text, it establishes that, although Ecclesiastes may appear pessimistic, its message is therapeutic and existential, inviting reflection on the vanity of human life and the inevitability of death. The main contribution of this work lies in showing that Ecclesiastes offers a pre-modern critique of Enlightenment values while simultaneously proposing a philosophical alternative to the absurd search for meaning in a world marked by human finitude.

Keywords: Ecclesiastes; Enlightenment; wisdom; vanity; nihilism; existential philosophy; reason; progress; critique; religiosity



INTRODUCCIÓN

¿Por qué leer el Eclesiastés hoy? Encontrar una respuesta satisfactoria a esta pregunta es el motivo del presente esfuerzo intelectual.

A modo de introito, resulta necesario formular el siguiente cuestionamiento: ¿Se puede encontrar alguna relación entre un texto elaborado antes de la era común y las incertidumbres y planteamientos propios de los siglos xx y xxi? En primera instancia, es posible responder de manera afirmativa, en virtud de que el objeto principal del Eclesiastés estriba en poner en duda el fundamento que da sentido a nuestra existencia como seres humanos. Hay que afirmar que el hecho de que la existencia es vanidad constituye el punto medular del texto. *Todo es vanidad*.

En primer lugar, la autoría del Eclesiastés es, aún en el siglo xxi, objeto de debate. La tradición patrística judeocristiana suele atribuir su origen al rey Salomón, dado que gran parte de la producción sapiencial contenida en el corpus bíblico se vincula a su figura. Pretender reducir la tradición patrística a san Agustín de Hipona sería, por supuesto, un exceso y un abuso; sin embargo, no puede negarse que el doctor de la Iglesia Católica constituye uno de los pilares del pensamiento cristiano. Desde mi modesta lectura, me parece que, en *La ciudad de Dios*, Agustín ofrece un testimonio que refleja la importancia que, dentro de la tradición cristiana, se dio a la atribución salomónica, de la siguiente forma:

También está averiguado que Salomón profetizó en sus libros, de los cuales tres están admitidos por canónicos, a saber: los Proverbios, el Eclesiastés y el Cántico de los Cánticos; los otros dos, el de la Sabiduría y el Eclesiástico, por la semejanza del estilo, comúnmente se atribuyen también a Salomón. (Agustín de Hipona, 2011, pp. 498-499)

Hoy sabemos que resulta insostenible atribuir el Eclesiastés al rey Salomón, como ha mostrado la crítica bíblica contemporánea. Sin embargo, la opinión de Agustín constituye un parámetro relevante dentro de la tradición cristiana, no porque pruebe la autoría, sino porque muestra cómo esa atribución condicionó la recepción histórica del texto. En este sentido, el pasaje patrístico legitima el Eclesiastés como una obra no solo literaria, sino como un testimonio con profunda carga espiritual y filosófica.

No obstante, el debate sobre la autoría del Eclesiastés lo dejamos en manos de la exégesis, disciplina que podría llenar bibliotecas y aun así dejar al lector con más preguntas que respuestas. En esta ocasión, nuestra intención resulta algo menos prosaica y más mística: buscar un sentido que vaya más allá de quién escribió el texto para adentrarnos en la profunda reflexión espiritual y existencial que propone.

Desde la antigua Grecia existe una tendencia por denunciar las artimañas bajo las cuales los individuos acostumbran cimentar el sentido de su existencia. Tal es el ejemplo de Sócrates en su afán por evidenciar la fragilidad de la vida social, quien afirma:

digo que el mayor bien para un hombre es precisamente este, tener conversaciones cada día acerca de la virtud y de los otros temas de los que vosotros me habéis oído dialogar cuando me examinaba a mí mismo y a otros, y [...] digo que una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre. (Platón, 2010, 38a-b)

Por su parte, Diógenes de Sinope ilustraba la crisis de autenticidad en la sociedad ateniense con su gesto emblemático de recorrer las calles con una lámpara encendida a plena luz del día, clamando en vano que ‘buscaba un hombre’. Este acto provocador denunciaba la decadencia cultural y moral de su tiempo, y proponía en cambio una vida sencilla, libre de artificios y convencionalismos (Diógenes Laercio, 2007, p. 297).

Estos ejemplos manifiestan el aspecto más importante de la filosofía: la generación del pensamiento crítico. Bajo esta tesitura, el Eclesiastés representa una crítica a conceptos e ideales como trabajo, progreso, justicia, salvación, reputación y destino. Es válido suponer que el Eclesiastés pone en entredicho la ‘diálctica de la Ilustración’, concepto acuñado por



Max Horkheimer y Theodor Adorno, cuyo objetivo implicaba evidenciar la tergiversación de los valores esenciales de la Ilustración, tales como cultura, civilización, orden, progreso, trabajo y racionalidad.

El congregador nos ofrece una serie de sentencias honestas, claras y simples, pero con un mensaje ontológico y filosófico que sacude los cimientos de la cultura y los valores de Occidente. El concepto central de la obra gira en torno a la vanidad y el absurdo de la vida. Si bien en una primera lectura el *Eclesiastés* pudiera ofrecer un panorama pesimista, pues el solo ejercicio de pensar resulta complicado y doloroso, el sentido último del texto no es simplemente negativo. Aunque vivir, pensar, trabajar y actuar de manera artificiosa e injusta resulte doloroso y vano, dicho sentimiento no se resuelve en un consuelo fácil, pues la muerte no pone fin al dolor, sino que lo vuelve aún más absurdo. De ahí surge la cuestión: ¿la muerte suspende la vanidad o la intensifica? Desde mi punto de vista, la obra sugiere —sin afirmarlo de manera explícita— que después de la muerte no hay nada; el congregador no se animó a decirlo de forma abierta, pero sí lo insinúa.

Si bien la figura del infierno ha sido tradicionalmente transmitida hasta nuestros días como un lugar de penitencia donde se paga por las faltas cometidas después de la muerte, el congregador del *Eclesiastés* parece anticiparse a esta visión, aunque sin ofrecer certezas definitivas. Más bien, perfila una especie de ‘infierno epistemológico’: el *Sheol* como un espacio donde no hay sabiduría ni memoria, la imposibilidad de pensar. Esta es quizá la única certeza que el texto ofrece sobre el más allá: la ausencia de conocimiento, que puede entenderse como una forma de nada y, al mismo tiempo, como una experiencia con un matiz infernal. Desde René Descartes, pensar ha sido la garantía de afirmar la vida; en ese sentido, la

imposibilidad de hacerlo sería una negación radical de la existencia. Así, puede hablarse de reposo, pero también cabe la duda de si ese reposo no es, en el fondo, inquietante y desolador.

Una crítica anticipada a la Ilustración

*Porque mucha sabiduría trae mucha frustración;
de modo que quien aumenta su conocimiento,
aumenta su dolor.
Eccles. 1:18*

Una de las principales enseñanzas de la dialéctica de la Ilustración estriba en señalar que la Ilustración no debe entenderse solo como un periodo histórico, ubicado principalmente en Francia durante la segunda mitad del siglo XVIII, sino como el constante progreso del conocimiento humano. De acuerdo con Horkheimer y Adorno, “El programa de la Ilustración era el desencantamiento del mundo. Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia” (1998, p. 58)

A primera vista, el sentido de la Ilustración como teoría del conocimiento resulta aceptable, incluso deseable para la filosofía. Sin embargo, Horkheimer y Adorno advierten que dicho proyecto resulta profundamente cuestionable y abusivo. La dialéctica se propone revisar los procedimientos mediante los cuales la Ilustración pretende desmitificar el universo bajo el predominio casi absoluto del tribunal de la razón. Pese a la diversidad de críticas y controversias en torno a su texto, los autores aclaran que su intención no es motivar ninguna revolución o golpe a las estructuras del Estado, sino demostrar que la razón, acompañada del poder, representa un peligro constante para el conocimiento, la naturaleza y el propio Estado.

Una vez comprendido el proceso de la *Dialéctica de la Ilustración*, aunque sea de forma breve, resulta legítimo suponer que el *Eclesiastés* representa una denuncia anticipada de las amenazas derivadas del saber y la sabiduría. Es decir, a pesar del anacronismo, puede leerse como un paralelismo de la *Dialéctica de la Ilustración*, pues pone en evidencia que el progreso del conocimiento y la refinación del pensamiento no necesariamente conducen a plenitud o seguridad.

A pesar de que textos sapienciales como Salmos o Proverbios invitan a filosofar, el *Eclesiastés* encarna una dialéctica que pone en tensión el sentido del pensamiento sapiencial y moral

de la tradición bíblica. De esta manera, el texto cuestiona la vida, la vanidad y el uso de la razón en la existencia humana, ofreciendo una reflexión profunda y crítica sobre nuestra condición.

Lejos de prometer un castigo eterno en un infierno posterior, el texto sugiere que el sufrimiento verdadero se vive aquí y ahora, en la fragilidad y azarosa experiencia humana. El congregador lo expresa con crudeza al observar:

Me volví, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador. Y alabé yo a los finados, los que ya murieron, más que a los vivientes, los que viven todavía. Y tuve por más dichoso que unos y otros al que no ha existido aún, que no ha visto las malas obras que debajo del sol se hacen. (Eccles. 4:1-3)

Este pasaje parece incluso rozar la paradoja de que la muerte, o la inexistencia, pueden ser preferibles a una vida marcada por la injusticia. Algo semejante se encuentra en otro fragmento:

Si el hombre engendrare cien hijos, y viviere muchos años, y los días de su edad fueren numerosos, si su alma no se sació del bien, y también careció de sepultura, yo digo que un abortivo es mejor que él. Porque en vano vino, y a las tinieblas va, y con tinieblas su nombre es cubierto. Además, no ha visto el sol, ni lo ha conocido; más reposo tiene este que aquel. Y si aquel viviere mil años dos veces, sin gustar del bien, ¿no van todos al mismo lugar? (Eccles. 6:3-6)

Aquí, el aborto es considerado más dichoso no solo porque evita las injusticias del mundo, sino porque el individuo nunca llegó a ser consciente de sí. El pensar, esa actividad que para la tradición filosófica, desde Descartes, garantiza la vida, le fue ajeno desde el inicio. Por ello, la nada que sigue a la muerte no le resulta extraña, pues siempre habitó en esa inconsciencia originaria. En cambio, para el ser humano que piensa, la muerte abre la posibilidad de un castigo peculiar: la pérdida consciente del propio pensar, es decir, la confrontación con una nada que se experimenta como privación radical. Como advierte Descartes: “Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa; [...] observando [...] esta verdad: ‘yo

pienso, luego soy” (Descartes, 2000, p. 123). Así, la pérdida de la capacidad de pensar tras la muerte constituye un abandono de lo que define nuestra existencia misma.

De este modo, el *Eclesiastés* no ofrece un consuelo ingenuo, sino una dialéctica en tensión: por un lado, relativiza la muerte como absurdo (“más vale perro vivo que león muerto”, Eccles. 9:4), pero por otro, reconoce que la inexistencia o el reposo del no nacido pueden resultar más llevaderos que una vida vacía. En esa tensión, más que una certeza, emerge una apuesta hermenéutica y epistemológica: la muerte no es un castigo ni una liberación definitiva, sino un límite que revela la precariedad y, al mismo tiempo, el valor de la existencia presente.

El epígrafe evidencia el dolor que conlleva el acto de pensar, pero también invita a enfrentar esa realidad con honestidad y libertad. En definitiva, mientras el Génesis establece una visión de superioridad y dominio humano sobre la creación, el *Eclesiastés* presenta una crítica profunda y radical a esta jerarquía. Como se lee en Génesis:

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla; y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. (Gen. 1:27-28)

Este pasaje refleja la visión tradicional en la que el ser humano tiene un papel de dominio y control sobre la naturaleza, estableciendo una jerarquía ontológica que coloca al hombre por encima de otros seres. Sin embargo, el *Eclesiastés* ofrece una perspectiva crítica que cuestiona esta supremacía, afirmando una igualdad ontológica fundamental entre el ser humano y la naturaleza:

Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia: porque todo es vanidad (Eccles. 3:19).

Con esta reflexión, el Eclesiastés no solo relativiza la supuesta superioridad humana, sino que confronta de manera directa el peso de la conciencia: el hombre muere como la bestia, pero con la diferencia de saberse mortal, de cargar con la condena del pensar. De este modo, despliega una crítica radical que desafía tanto la ilusión del dominio humano como la pretensión de que el pensamiento conduzca siempre a satisfacción o sentido. La conciencia, lejos de garantizar la plenitud, se convierte en una carga que nos enfrenta a nuestra finitud y a la vanidad de los esfuerzos humanos. Así, el texto invita a reconocer la fragilidad compartida de todos los seres y a asumir la vida con honestidad y libertad, pero sobre todo, con humildad, desde la aceptación de nuestra condición temporal y finita.

Nihilismo sapiencial: la existencia bajo el sol

Así que llegué a odiar la vida, pues me pareció que todo lo que se hace bajo el sol es angustioso; todo es en vano.
Eccles. 2:18

Podría parecer anacrónico hablar de nihilismo en un texto anterior al cristianismo. Sin embargo, el Eclesiastés exhibe rasgos que bien podrían considerarse una forma de nihilismo sapiencial: la vanidad, el sinsentido y lo absurdo que ponen en tensión los valores morales y religiosos que posteriormente formarán parte de la tradición cristiana.

Para efectos prácticos, podemos entender el ‘proyecto cristiano’ como el itinerario personal y comunitario que orienta las acciones del ser humano hacia la salvación y la plenitud moral. Este camino se fundamenta primordialmente en el amor al prójimo, más que en la mera observancia de rituales, normas o liturgias religiosas. Tal orientación ética coincide con las enseñanzas de Jesús de Nazaret, quien en parábolas como la del buen samaritano (Luke 10:25-37) y la de las ovejas y los cabritos (Matt. 25:31-46) subraya que la verdadera justicia y la salvación no dependen del cumplimiento formal de preceptos, sino de un amor activo, responsable y compasivo hacia los demás. Estas narraciones muestran que el sentido último de la vida moral se encuentra en la praxis concreta del cuidado y la solidaridad, reflejando una ética que se realiza en la acción y no en la abstracción o en la apariencia religiosa.

Por ello, el Eclesiastés puede resultar incómodo o incluso perturbador para muchos creyentes, pues su lectura reflexiva abre una fisura en los cimientos del proyecto cristiano, poniendo en tensión la certeza y el sentido que este pretende ofrecer. Más que otorgar respuestas definitivas, el texto desafía al lector a confrontar la fragilidad de la existencia, la vanidad de los esfuerzos humanos y la limitación de la sabiduría, invitando a una reflexión crítica y honesta sobre la vida y sus valores.

La idea de vanidad en el Eclesiastés sugiere una búsqueda profunda de espiritualidad y virtud aquí y ahora, en la tierra. Aunque la esperanza de un mundo sin sufrimiento, discordia, guerra o injusticia parece suspendida, no está del todo negada. El ser humano está llamado a aprovechar su paso por la vida para realizar su proyecto existencial, pues, según el texto, no hay actividad, planes, conocimiento ni sabiduría en el más allá, entendido no tanto como un lugar de castigo o recompensa, sino como una ausencia de experiencia y conciencia. Esta perspectiva invita a centrar la reflexión en la vida presente, en su fragilidad y misterio, más que en la expectativa de un destino definitivo después de la muerte.

A lo largo del Eclesiastés se reflexiona sobre el trabajo, el esfuerzo y la vida misma como una lucha constante contra el vacío existencial. El sabio, que sigue los principios tradicionales de la virtud, no es el que obtiene una respuesta clara o una satisfacción plena, sino el que acepta la vanidad inherente a toda acción humana. El enfoque que propone el Eclesiastés no es de desesperanza, sino de aceptación del absurdo que

caracteriza la vida bajo el sol, invitando al ser humano a hallar valor en la fragilidad de la existencia misma.

Este nihilismo, por lo tanto, no es una condena sin esperanza ni un gesto de desesperación absoluta, sino una reflexión profunda sobre los límites del conocimiento y la moral. Al reconocer la vanidad y la fugacidad del esfuerzo humano, el Eclesiastés invita a vivir desde un estado de humildad y reflexión, alejándose de las falsas ilusiones que pretenden conferir sentido absoluto a todo lo que se hace bajo el sol.

Este tipo de pensamiento se inscribe en diálogo con la crítica de la Ilustración a la idea de progreso infinito, representada en la *Dialéctica* de Horkheimer y Adorno, pero al mismo tiempo se distancia de ella al enfatizar que la verdadera sabiduría no reside en el dominio y control del mundo, sino en la aceptación consciente de su transitoriedad y fragilidad.

Así, el nihilismo que plantea el Eclesiastés no destruye la búsqueda de sentido, sino que la renueva, apuntando hacia una forma de existencia que valora la honestidad, la libertad y el amor como fundamentos para enfrentar la condición humana con autenticidad.

El pesimismo en el Eclesiastés

*Pero en la tierra tiene lugar otro absurdo:
hay justos tratados según la conducta de los malvados,
y malvados tratados según la conducta de los justos.
Y digo que también esto es un absurdo.
Eccles. 8:14*

Existen diversos pasajes en el Eclesiastés que reflejan un horizonte pesimista respecto a la vida humana. Este fragmento en particular pone en evidencia uno de los rasgos más desconcertantes del texto: la aparente injusticia cósmica que rige el mundo. A pesar de las máximas alentadoras y las exhortaciones a vivir con sabiduría y rectitud, el texto sagrado no puede evitar señalar que la injusticia constituye un componente ontológico esencial de la existencia humana. Esta paradoja, lejos de ser una simple crítica, implica un punto de partida para fundamentar una ética y una forma de vida en el contexto de la imperfección y el caos que caracteriza la realidad.

El Eclesiastés aborda la vida como un ciclo ininterrumpido de frustraciones e injusticias en el que la guerra, el conflicto y

la desdicha son elementos consustanciales al ser humano. La obra no ofrece promesas de un mundo perfecto, sino que subraya la irreductible realidad de que, en la práctica, la justicia y la virtud no siempre reciben el reconocimiento que merecen.

El texto refleja una visión de la existencia en la que el sufrimiento, lejos de ser una excepción, se presenta como una norma, un componente integral de lo que significa ser humano. El sabio, a menudo, se ve rodeado por la miseria, mientras que el necio o el injusto parecen prosperar, accediendo a posiciones de poder, influencia y prestigio económico.

Esta inversión de los valores tradicionales —la virtud y la rectitud no garantizan recompensas, mientras que la maldad y la corrupción parecen ser recompensadas—, pone en cuestión la estructura moral subyacente que muchos esperaban encontrar en el universo. En la visión eclesiástica, la idea de que la vida humana se somete a leyes lógicas o divinas de justicia se derrumba, y en su lugar, se presenta una concepción del mundo en la que el absurdo es la única constante. Este ‘absurdo’ al que se refiere el autor no es solo un vacío moral, sino una imposibilidad estructural: las expectativas humanas no tienen correspondencia con la realidad que se nos presenta.

En este sentido, el pesimismo del Eclesiastés no se limita a una simple resignación ante las adversidades de la vida. Más bien, se configura como un llamado a una aceptación radical de las contradicciones y paradojas que definen la existencia humana. No hay garantías, ni en la justicia ni en la bondad. El mensaje subyacente radica en que, a pesar de la incongruencia y el caos, el ser humano debe seguir adelante, no porque exista una promesa de recompensa o un orden que se revele, sino como un acto de resistencia al absurdo mismo. Como afirma el propio texto: “No hay cosa mejor para el hombre que comer, y beber,



y gozar el bien de su trabajo” (2:24). Esta resistencia se convierte en la esencia de la sabiduría del Eclesiastés: comprender el vacío, aceptar lo incomprensible y, aun así, buscar vivir con dignidad.

CONCLUSIÓN

El presente apartado representa una respuesta y defensa anticipada a las posibles objeciones que el lector pudiera formular. En primer lugar, la decisión de optar por el Eclesiastés como tema central de este trabajo se justifica en la posibilidad de contemplar el texto bíblico como una denuncia anticipada a la *Dialéctica de la Ilustración*. El Eclesiastés representa, desde su propia interioridad, una crítica radical al progreso, al trabajo, a la justicia, al conocimiento e, incluso, al mismo sentido de la vida humana, demostrando el sinsentido que puede rodear la tarea del sabio o del filósofo.

Desde otra perspectiva, el texto adquiere tintes existencialistas. ¿Qué es el ser? ¿Qué sentido tiene el vivir? ¿Hay redención posible en este mundo? Estas preguntas resuenan en el Eclesiastés como una angustia que no se satisface con dogmas ni promesas escatológicas. A diferencia de otras partes del corpus

bíblico, aquí no hay una esperanza clara en la salvación futura; lo que hay es una invitación a vivir el presente con autenticidad, reconociendo la fragilidad de la existencia y aceptando su carácter efímero.

Lejos de promover la desesperanza, el Eclesiastés conduce a una forma de sabiduría humilde: el goce moderado de la vida, la contemplación de la naturaleza, la aceptación del destino y el reconocimiento de que, al final, el hombre y la bestia comparten el mismo fin. La propuesta no es nihilista en su sentido más destructivo, sino profundamente humana: no somos dioses, somos polvo, y en ese polvo podemos encontrar una forma de serenidad.

Así, el Eclesiastés no solo interpela a la razón moderna y sus excesos racionalistas, sino que también desafía a la teología tradicional, a la moral utilitarista, a la política del mérito y al culto al progreso. En esa medida, leerlo hoy no es un ejercicio de arqueología espiritual, sino un acto filosófico urgente: un retorno al pensamiento crítico en su estado más puro, más incómodo y necesario.

REFERENCIAS

- Agustín de Hipona. (2011). *La ciudad de Dios* (19ª ed.). Editorial Porrúa.
- Descartes, R. (2000). *Discurso del método* (M. G. Morente, Trad.). Gredos.
- Diógenes Laercio. (2007). *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* (C. García Cual, Trad.). Alianza Editorial.
- Horkheimer, M., y Adorno, T. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta.
- Platón. (2010). *Apología de Sócrates* (J. Calonge, Trad., pp. 26). Gredos.
- Reina-Valera. (1960). *Santa Biblia: Versión Reina-Valera*. Sociedades Bíblicas Unidas.



Creada con la asistencia de la IA Gemini de Google (abril, 2026).

EDUARDO ALBERTO MARTÍNEZ-HERNÁNDEZ. Maestro en Educación por la Universidad del Valle de México (uvm), México. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx), México. Adscrito al Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de México (CECyTEM), Xonacatlán, México. Entre sus intereses académicos figuran: filosofía del derecho, educación, teoría constitucional y religión.

